

# BALAITUS POR LA GRAN DIAGONAL 23/07/2017

El sábado día 23 por la tarde comenzábamos nuestra excursión desde de una curva a pocos kilómetros de Artouste denominada Le Callou de Soques. Aunque era una excursión programada por el Club, al final soplo estábamos inscritos cuatro personas: mi amigo Jan, su padre Jean, mi padre y yo. Eso permitía prever que, aunque la excursión iba a ser menos ruidosa que otras con más gente, la convivencia iba a ser más intensa entre nosotros en la conquista de una cima mítica del pirineo, con la que esperaba ampliar mi currículum montañero.

Nos quedaban, por lo menos, tres horas de ascensión para llegar a nuestro destino del primer día, el refugio de Arremoulit. Por el camino dejábamos atrás una manada de caballos salvajes con su gran musculatura agresiva y a la derecha Le Parc National de les Pyrénées, señalados sus linderos a cada trecho. Yo me sentía a gusto porque ahora, más o menos, podía hacer lo que me placía, eso sí, respetando todo el rato la naturaleza y la montaña como buen montañero que me considero.

Antes de llegar al refugio tuvimos que pasar por el paso de Orteig que es un paso muy aéreo, con un gran abismo que quedaba a nuestra izquierda. A mí no me resulto difícil de pasar, porque en lado derecho de la senda había una cadena que servía para que pudieras agarrarte y también de quita miedos. Tardamos unas dos horas y media en llegar al refugio.

Cuando llegamos a Arremoulit había una gran animación. Un grupo de niños y niñas pequeños, muy rubios, con aspecto de alemanes o suecos correteaban por allí, y parecían encontrarse en su salsa, como si estuvieran muy habituados a la montaña y a los refugios. Otros montañeros, muchos de ellos vascos y navarros, reposaban en las mesas exteriores viendo y disfrutando de un cálido atardecer.

Desde el refugio no se veía el Balaitus y como quedaba alrededor de una hora para cenar, Jan y yo decidimos subir el collado de enfrente corriendo para admirar esa majestuosa montaña y otear el camino del día siguiente. Tardamos como unos cuarenta minutos en subir el collado desde el refugio y cuando llegamos sentí miedo e inseguridad. El monte aun estaba muy lejos de nosotros y se veía enorme. Cuando Jan me explicó por donde teníamos que ir es cuando me entro cierta congoja porque había muchísimo desnivel, estaba muy lejos y la vuelta hasta Le Petit Train iba a ser muy dura. Luego ya bajamos, y ya habían servido la cena, y los de nuestra mesa estaban ya terminando. Al final, cenamos, si bien tuvimos que compartir la salchicha que había de segundo, ya que en los responsables habían hecho mal las cuentas, y les faltaba una.

Tras la cena fuimos a dormir. No lo hicimos en el refugio sino en una especie de tienda de campaña con literas que había fuera porque el refugio, sinceramente, era ridículo por lo pequeño que era.

La noche no fue la mejor de mi vida ya que dormí muy poco. La tienda era muy pequeña y había muchísima gente. Exactamente dieciséis personas. Las literas hacían un ruido chirriante que era muy incómodo y, además, se oía un viento martilleante durante toda la noche que dificultó mucho el poder dormir.

A la mañana siguiente, a las seis y media, ya estábamos desayunando; y para las siete y cuarto de la mañana ya estábamos volviendo a subir el collado para, esta vez disponernos, a atacar el gran Balaitus. Había un problema, el cielo estaba muy cubierto y si seguía así, y no se despejaba, tendríamos que darnos la vuelta.

Tras tres horas y media más tarde llegamos a la cueva de Andre Michaud, un pequeño refugio a los pies de la Gran Diagonal. Después de pasar por la cueva de Andre Michaud seguimos ascendiendo con el objetivo de coronar el Balaitus. Tras un rato de ascensión llegamos a un punto muy cerca de la cima, a más de 3.000 metros, donde nos encontramos con un grupo de montañeros jóvenes de San Sebastián que habían decidido no continuar, ya que les parecía muy peligrosa la subida. (Ese fin de semana había cantidad de vascos y navarros en la montaña, ya que tenían puente al celebrar el martes, día 25 de julio, el día de Santiago Apóstol, Patrón de España). Estaban ocupando el paso natural de ascensión, de tal manera que resultaba complicado sobrepasarlos sin asomarte al precipicio. Fueron ellos los que nos indicaron el camino por el que, presuntamente, debía ascenderse y que había sido la razón de su decisión. Esa situación, en la que presentaba como única alternativa un paso súper aéreo, a mi padre y a mi nos pareció que era muy insegura y, al no haber hecho nunca mucha escalada, consideramos lo más inteligente darnos la vuelta, sobre todo por nuestra seguridad. Celebramos la cota 3.000 con unas fotos..

Jan y Jean, que tienen más conocimientos que nosotros en escalada, decidieron subir mientras nosotros íbamos descendiendo. Ellos sí que coronaron y luego a la bajada encontraron el buen camino por donde tendríamos que haber ido desde el principio, que era mucho más fácil que el otro donde nos dimos la vuelta.

Renunciar a la cima después de haber llegado hasta allí fue muy fastidioso ya que nos quedaba muy poco para llegar, pero también es verdad que al habernos equivocado de camino, éste era muy difícil y arriesgado. La consolación que me queda es pensar que al ser tan peligroso el día podría haber acabado mucho peor. También aprendí la lección de que a veces, aunque no quieras o no es lo que más te apetezca, te tienes echar atrás por tu propia seguridad.

Cuando nos volvimos a juntar el grupo empezamos a descender porque aun nos faltaba mucho para llegar al Petit Train y no estaba claro si íbamos a llegar a la hora. El último tren salía a las 7.15.

Después de estar varias horas descendiendo llegamos otra vez al refugio de Arremoulit, cogimos energías tomando una buenísima Coca-Cola fría que era lo que me estaba pidiendo mi cuerpo en ese momento.

Luego seguimos descendiendo sabiendo que quedaba poco para llegar al Petit Train. Para mí era una gran motivación pensar que iba a sentarme tranquilamente en él y que me iba a llevar hasta casa.

Cuando llegamos al tren estaba tan extenuado que casi me duermo esperando a que llegase.

El viaje en tren fue muy divertido porque pude ver todas las pistas sin nieve por donde suelo entrenar y esquiar con mi club de esquí y todo cambia mucho del invierno al verano. Todas las pistas son mucho más verticales y parecen mucho más peligrosas. Están llenas de rocas y de sendas que nunca ves ya que en invierno están cubiertas por la nieve. También me sorprendió que en algunas pistas hay arbolitos que en invierno pasas por encima de ellos, lo cual te hace pensar las cantidades de nieve que caen en invierno y que llegan a cubrir todo totalmente.

Cuando nos montamos en la telecabina ya habíamos acabado la aventura. Todos contentos porque estábamos todos bien, pero mi padre y yo un poco decepcionados porque no habíamos hecho cumbre y tendremos que volver para hacerla en otra ocasión.

Revisando las fotografías 18-19-20, que tomamos para recoger el paso por el que transitaban Jean y Jan, hemos descubierto el error al que nos indujeron y que, fruto de la tensión del momento, no supimos apreciar. Resulta que el paso natural consistía en seguir ascendiendo un poco en vertical hasta coger una nueva diagonal, que va unos cincuenta metros por encima del paso horizontal por el que fueron Jean y Jan. Este descubrimiento, me ha llevado a pensar que, en la montaña, es muy importante mantener en todo momento la calma y, analizar por ti mismo las opciones, tras escuchar a los demás. En todo caso, las ganas y el ansia de hollar esa cumbre han aumentado, y cuando lo consiga lo saborearé con deleite.

Pablo Giner Liberal. Julio 2017.

# LE BALAÏTUS

Le samedi 22 juillet à 15h30 nous rejoignons Pablo et Angel à leur appartement d'Artouste. Une fois leurs sacs pris nous nous rendons en voiture au caillou de Soques qui était le point de départ.

De là, nous rentrons dans le bois de la vallée d'Arrius où les pentes étaient déjà violentes pour son premier souffle. Deux heures plus tard entre deux sifflements de marmottes, nous arrivons au col d'Arrius. Et de là, nous pouvons voir le lac d' Artouste, le pic d'Arrius, ainsi que la cheminée de monsieur Lapuyade.

Depuis ce col nous prenions la direction du passage d'Orteig que nous passions nous 4, sans difficulté. Quelques minutes après nous arrivions au refuge d'Arrémoulit qui se trouve à 2305 mètres d'altitude. Là nous avons pris le repas du soir à côté d'une famille hollandaise, végétarienne, ainsi qu'un jeune ariégeois travaillant à Toulouse, qui était très sympathique. Nous avons passé la nuit dans une tente marabou qui n'est qu'une tente dortoir. La nuit était un mélange de bruits, je m'explique: les rafales de vent contre la toile produisaient un bruit sourd ainsi que les ronfleurs qui nous ont offert un concert toute la nuit.

Au matin, bien heureux que la nuit soit finie, nous nous rendions au refuge pour prendre le petit déjeuner. Après avoir pris le petit déjeuner, nous partions en direction du col d' Arrémoulit, et il ne fallut pas moins de 30 minutes pour y parvenir. De ce point on pouvait voir le Balaïtous. Puis nous sommes descendus jusqu'aux lacs d'Ariel pour attaquer les premières pentes du Balaïtous, elles étaient très violentes presque verticales. Ensuite nous progression dans la vallée jusqu'à l' abri Michaud. L' abri Michaud se trouve au départ de la "La Grande Diagonale" qui est la voie normale pour l' ascension du Balaïtous. Mais durant l'ascension nous nous sommes trompés de passage, nous obligeant à passer dans un endroit un peu délicat, ce qui fit renoncer Angel et Pablo. Alors mon père et moi avons quand même décidé de tenter le sommet et nous y sommes arrivés. Et c'est dans la descente que nous avons vu le vrai passage. Puis nous avons fait le chemin inverse pour revenir au refuge d' Arremoulit.

En fin de journée, nous sommes allés jusqu'à la gare du petit train d' Artouste qui se trouve plus bas que le barrage d' Artouste, pour arriver à l'appartement d'Angel et Pablo qui nous ont offert un bon repas.

Jan Cortes. Juillet 2017.